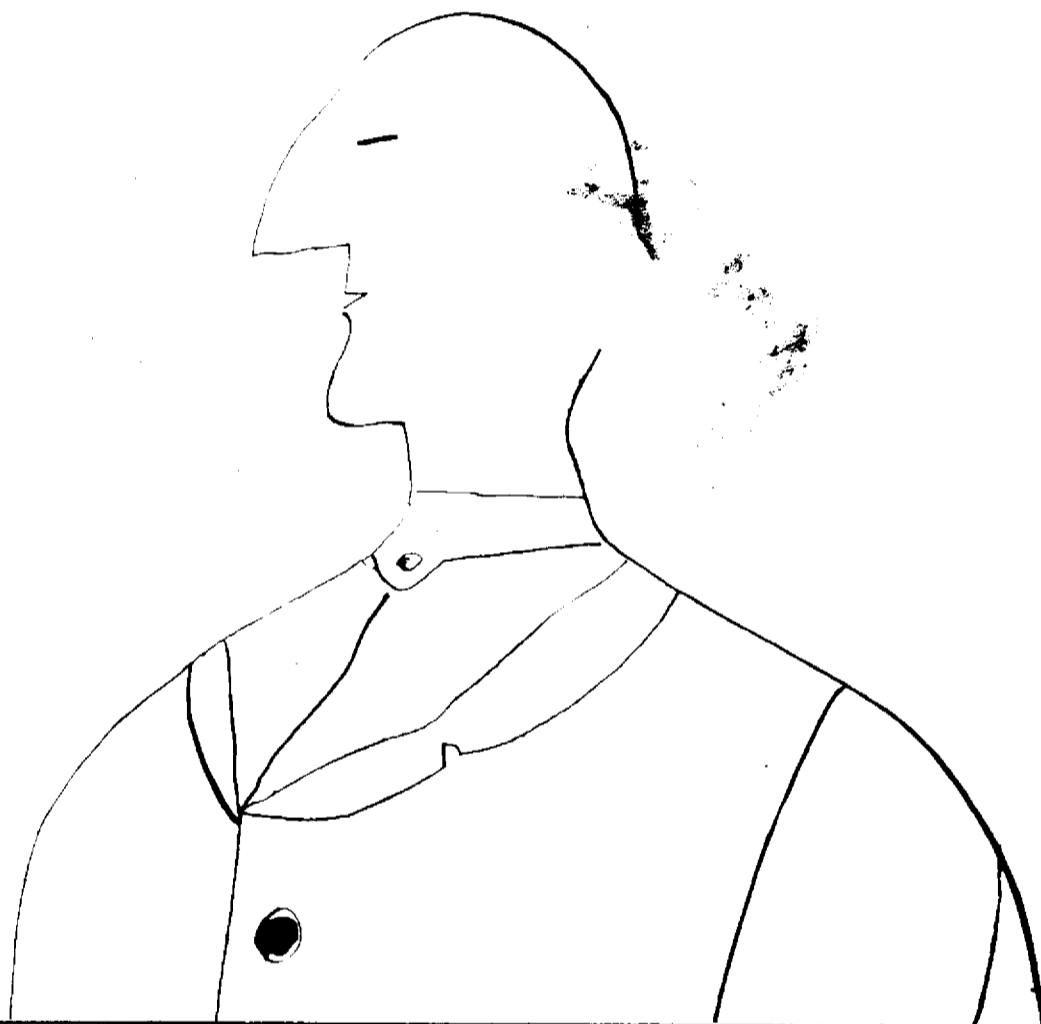
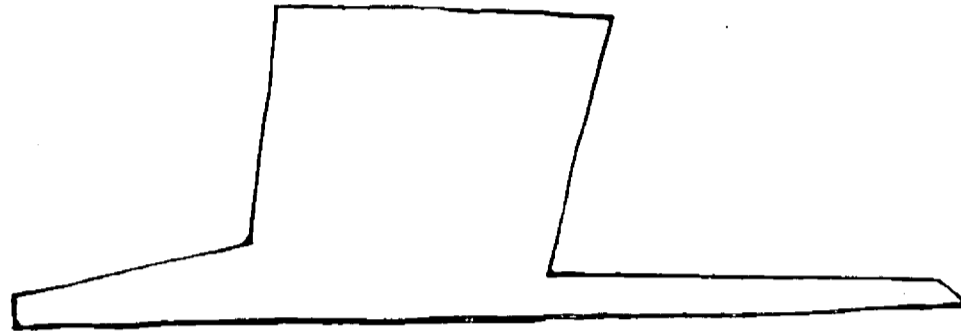


# LA LETRA Y LA IMAGEN



Semanario Cultural de EL UNIVERSAL



## Literatura Argentina:

## Los Nuevos

Año 1 N° 51/México, D. F., domingo 14 de septiembre de 1980



**OSVALDO LAMBORGHINI**

## Soré y Resoré

Soré y Resoré, divinidades clancas de la llanura, como vientos opuestos o en otro decir, encontrados, otrora se posesionaban por entero de la atmósfera y le imprimían su cadencia (que ellas también como tejer por tejer su brisa se les daba: alguna vez la palabra erradicar). Eran, Soré y Resoré, divinidades, allá, oh allá, como una sola copla andaban grroneando casi en un plano de delito, entre ellas remirándose. Y poseían el rallo.

Orei, no cabe la nostalgia.  
Pero entonces cabe y entonces: vamos, qué duda cabe.  
Es un hueco en la esfera no del entendimiento.  
Es un hueco.  
Orei haría haría,  
falta toda una ciencia de suplir

Osvaldo Lamborghini nació en Buenos Aires en 1940. Publicó *El Fjord* (1969), *Sebretondi*, *Retrocede* (1973) y *Poemas* (1980). Es cofundador de la revista *Litoral*.

que no tenemos, o tengamos. Con arte, que tenemos, o.  
Yo no he adivinado aún, al menos, las estatuas de Soré y Resoré.  
Orei:  
de la llanura clancas divinidades.

Están con sus compadres, los ecos.  
Viven la vida intensa y eterna de las ratas pero en una esfera eterna donde la caña, la pulpa misma del concepto vanamente tratado de omitir, nubla la mirada y añuda a cada griego con su sabra —no saber ¡tan caray!— y a cada orador con algo, con un balo.  
Orei, ¿adivinar las estatuas, los erigidos monumentos?  
Pero dónde y cómo, mi amigo (sin nostalgia).  
¿Si ésta es una llanura de lo más llana!  
Si ese es el mismo concepto desarrollado como un despliegue de la pulpa misma sin ninguna clase de prominencias.  
Oh no, Orei:  
“Naides es más que naides”.  
Y nada se avizora, a fuer de un comentario de barbijo.  
Ni siquiera la llanura llana.

Idolillos que se van contaminados y cunde el escenario y ahora el viento y ahora un dibujo guanaco para escupir la cara y ahora un heraldo mensajero amante enviado a la ciudad de los patentes muros (más paja aún que adobes), descubre que soy nadie y no naides o menos ni menos que naides.  
Así andaba la cosa el momento de poner cuando al fin comprendía a mis compadres.  
Estaba el hombre tras la reja del bar con la tranquila copa en la mano.  
Bebía seguramente su caña o su durazno y acrado se partía en el lacre de un envío seguro, seguro sin reenvío posible: pero él era, o al menos estaba.  
Y en la esfera no del entendimiento, sin recordar bien (y menos pensar) me acerqué con paso calmo, intentando a lo sumo yo entrenarme en los andares laxos: ver y a ver si podía revertirme, con un movimiento inverso, en la misma condición del rallo.  
Gritó  
“¡Rayo!”, acentuándolo. Y fuese

(jamás he visto tan tranquilos pasos), fuese redundante tras la bruma de la caña o disimulado por la sombra mal habida del durazno. Y esta es la reja de entrechocar: lo mismo.

MARCELO PICHON RIVIERE

## Poemas

Mansa llamarada blanca  
en el azul del cielo.  
Allá en la colina  
un árbol y otro parecen  
sus tempranas cenizas azuladas,  
mientras las sombras  
buscan un remanso en la hierba.  
Nada augura la aparición de la noche  
en este instante,  
cuando otro sendero  
me lleva al umbral de las voces,  
donde otra llama me devasta  
y me deja apenas  
un silencio donde sueño  
con el resplandor de la tarde.

Se van los tonos,  
los matices,  
el color,  
queda el oscuro hueso,  
relámpago inútil,  
que quiebra  
el tono,  
el matiz.

Queda un silencio  
que me deja  
sonidos sin fuego:

susurro de la muerte,  
señala ausencias,  
piedra en mi cuerpo,

me tiendo en la luz.

La luz apenas se desliza.

Ese cuerpo es una sombra que se diluye,  
agua que se esconde  
en su transparencia,  
llama que en su fuego arde.  
Me acerco, busco

Marcelo Pichón Riviere nació en Buenos Aires en 1944. Ha publicado los siguientes libros: *En el perdón, en el poema* (poemas, 1965), *Los ladrones de agua* (poemas, 1966), *Sombra del tigre* (poemas, 1968), *Referencias* (poemas, 1970), *Territorios* (novela, 1975), *La memoria de otro ciclo* (poemas, prólogo de Alberto Giron, 1977), *Indios e inmigrantes* —Una historia de vida (en colaboración con Gladys Adamson, 1978).

de que clareara me apuré a hacerlo, como quien le revienta la cabeza a un potro quebrado.

Me acuerdo que entramos al galope y gritando, para darnos coraje. Los caballos se refalaban en las baldosas y los gritos iban y venían por las paredes cuando entramos sin desmontar, atropellando. El apareció de repente, en el fondo del pasillo, solo y medio desnudo,

contra la luz. Nos recibió igual que si nos esperara y no se defendió. No hizo más que mirarnos con esos ojos amarillos, como si nos estuviera aprendiendo el alma. No se por qué yo me acordé de esa tarde, cuando se bajo del tordillo después de perder con Dávila. Se estuvo parado ahí, justo bajo la luz, con esa camisa que le dejaba las piernas al aire, hasta que lo tumbamos.

Cuando Matilde, la hija de la que ha

bia sido mujer del Payo Chávez, se le tiró encima para defenderlo, yo mismo le oí decir que no llorara. Y eso fue lo único que habló esa noche y lo último que habló en su vida. "No lllore m'hija, que no hay razón", le escuché mientras le buscaba el cuerpo entre los claros que me dejaba el de Matilde, y el general tenía la cara escondida por las arrugas y los ojos quietos en algo, no en mí que estaba muy cerca, en algo más lejos, en

la gente de a caballo, o en la pared medio descolorida de tanto poner y sacar la bandera

Y estaba así, con los ojos alzados, la cara escondida por la muerte, la Matilde acostada encima y manchándose de sangre, cuando lo maté.

—Perdone, mi general —le dije, y me apuré buscándole el medio del pecho para evitarle el susto.



su piel cálida.  
Su voz se apaga, se desliza  
en sí misma hacia el espejo.

En el terso borde del espejo  
quedan las cenizas,  
palabras destrozadas,  
veladas hojas de sombra.

Esa mujer no existió nunca.

Allá, detrás  
de las rocas,

hay un jardín.

Allá, flores  
azules, rojas, amarillas  
forman con el viento  
un río de susurros transparentes.

Inclina la cabeza en el susurro  
y luego álzala.  
Así como la caracola lleva en sí misma  
el incesante mar,  
va a resonar su música  
cuando toques una flor  
de pétalos húmedos.

MIGUEL BRIANTE

## Kincon (fragmento)

● Con Miranda hubo problemas de siempre, usted sabe. El siempre fue de lo más ladino. En últimamente se le había dado por cruzar vuelta en vuelta mi campo de mi propiedad, diciendo que yo estaba en derecho pero estaba, que yo no estaba en derecho. Así que últimamente me tenía de lo más soliviantado, creameló.

Tanto de tan soliviantado que en los últimos días no me podía ni dormir. Ahí me estaba las horas, me tenía que estar las horas vigilándolo, porque nomás yo me dormía él era capaz de cruzarse el campito, para venirse al pueblo a timbar. De lo más capaz.

Uno será viejo pero tiene sus cosas, si usted me permite, tiene su fama. Y el Miranda ese se lo pasaba mirando para mi lado, intimidándome con eso de mirarme para ver si yo me aflojaba y pasar. Pero no pasó, y yo ya le voy a decir cómo fue. Lo peor es que con lo de vigilarlo y de no poder dormir, uno se puede volver como loco además de viejo, usted sabrá.

Así que así me pasé las últimas noches, y las otras últimas noches antes de la última, pensando y de lo más pensando. De la Felisa o de don Tomás que usted no conoció pero le habrán hablado, tan hombre el hombre que me trajo y me dejó donde vivir. O pensando de los otros comisarios, o de uno mismo de uno, o de don Barrios, acá. Justamente en eso pensaba, en don Barrios. No sé si sabrá que última-

Miguel Briante (1944). Publicó Las bairacas voladoras (cuentos, Falbo Editor, 1964). Hombre en la orilla (cuentos, 1968), y Kincon (novela, Monte Avila Editores, 1975). En los últimos años, su obra ha suscitado un creciente interés por parte de la crítica. Actualmente es jefe de redacción de la revista Confirmado, en Buenos Aires.

mente yo me bajaba al pueblo y me venía al hotel Lombardo, y hablo con don Barrios y los otros señores, todos muy leídos y preparados. Cuando uno llega a la edad de uno se precisa acompañamiento, charlar y charlar. Así que usted puede hacerse figura de cómo me gustaba bajar al pueblo a estar con estos señores. Y en eso me pensaba, y que justo por efecto de que ese Miranda se había encaprichado en violar mi propiedad, yo no me podía bajar al pueblo y disfrutar tranquilo de mis años y de mi vejez con tranquilidad.

Yo no sé si usted ya habrá peleado, porque éstos son otros tiempos. Yo le voy a decir que cuando uno es como uno, no se siente nada ni mucho. Un día uno no da más con sus rabetas y va y se levanta. Había estado tomando mate y pensando sin poder conciliar el dormir y prendiendo mis cigarrillos con fósforos y se vino el día. Entonces ahí se prendió el sol de noche en el puesto de Miranda y ahí yo supe que me iba a querer madrugar. Nomás fue pensar eso y ya levantarme, porque ya no me daba más la rabia, creameló.

Había de neblina y el sol iba a tardar un rato y un poco el frío. De viejo viene más el frío en los huesos, se sabe. Pero en el medio de la neblina se ve mejor el sol de noche cuando se prende y cuando se apaga y los bultos. Así que vi que se apagaba y salía el bulto de Miranda, y después vi el bulto de Miranda arriba del bulto del caballo, y me le fui. No pensaba en nada de esa pelea ni en nada de eso, la pura verdad.

Pensaba más bien en lo que me perdía de la charla con la gente de bien en el Lombardo, y que la última vez me había ido antes de que don Barrios, acá, terminara de contar una cosa de Vicente, un loco que había por acá y borracho pero buena persona, que fue el único al que yo me dejé pegar porque

había que comprenderlo con su enfermedad del alcohol. De lo mejor del pueblo, ese hombre, con todo.

Lo voy a decir que en eso pensaba, y que una vez en Chas el hombre había bailado con la hija de los dueños de casa, y que le tocaron las relaciones y que a la hija de los dueños le tocó decirle a don Vicente que qué le ocurría a la pavita. Fue de lo más faltador al respeto y eran otras épocas como le digo, pero yo me lo había visto venir. Porque todos se callaron de lo más, como contó don Barrios, acá, el otro día, y al final y al cabo la madre le volvió a preguntar. Y él terminó de mirarla a la chica de arriba abajo por los costados y dijo que él le echaría un polvito, así dijo. Y, dijo, yo le echaría un polvito. De resultas de lo cual se armo el lío. De eso pensaba yo, ahí caminándome para donde Miranda. Nada más, y de cómo yo le había puesto la mano en el hombro a don Vicente era un poco como don Tomás. De ahí me iba a otra cosa, ahora si le digo, nomás caminaba al atajo de Miranda, que Miranda no era ni como don Vicente, para no decir como don Tomás, sino nada más ni más que un peón roto de lo más radical que hasta debía una muerte de uno de nosotros, un policía, y que yo con él no tenía que andar aguantándome y más tenía que hacer respetar la memoria de don Tomás.

Así que me fui entre la neblina que era como lluvia y pegaba de lo más mojosa y en la cara y ya lo vi que estaba cruzando el alambrado en esa parte que se había hecho de cruzar. Entonces me acomodé el cuchillo que ya se me iba saliéndose y me pensé que cuando lo hiciera bajar iba a decirle, nomás sin subir la voz y despacio así más o menos si estuviera conversando y pidiéndole un favor:

—Guardemé este cuchillito, Mi-

randa —le iba a decirle, mientras cuchillo le entraba.

No sé si es de entenderse lo que digo. Yo me pensé que para morir no merecía más que una goda chiquita de lo más, un chiste de esos. Pero también me pensé que iba a tener que decirle:

—Alto ahí, Miranda, le está blandiendo el cabo de la Policía de la Provincia, Bentos Márquez Sesmeao.

Eso iba a tener que decirle pero no hubo de tiempo. Ya se estaba ahí encima el hombre, de lo más alto a caballo. Así que no le dije nada y le manoté las riendas. Quiso hablarme o decirme algo pero yo le tiré de las riendas creamé que era jinete el hombre, porque a la primera espantada del caballo no se cayó pero después sí y quedó largo a lo largo del suelo, en el pasto. Yo no me le fui encima porque me hiciera que podía ser treta. Ya sabe usted cómo son estos peones, radicales de chicos y lo más revoltosos y llenos de mañas. Así que pelé el cuchillo y lo esperé.

Tenía esa cara de siempre y la neblina le daba como una luz. Pero y para la pelea y más con la niebla soy muy de lo más bueno, como a usted le habrán contado, que me muevo que no se me ve. Así lo esperé a levantarse y le puse el cuchillo muy alto a la altura de los ojos para que lo viera y le dije:

—Mire, Miranda, esto se acaba.

Y para intimarlo y darle miedo como siempre fue mi costumbre cada vez que peleaba le dije:

—Mire, Miranda, le voy a sacar las tripas y las voy a colgar en el alambrado.

Así le dije y lo vi que iba a defenderse y tiré el primer hachazo, así que fue defensa propia. Pero lo que falta, comisario, va a ser mejor que se lo cuente don Barrios, que sabe contar mejor las cosas. Va a ser mejor.

LUIS GUSMAN

## Cuerpo Velado (fragmento)

● Como en sueños el departamento de la calle Montes de Oca. El cuerpo desnudo de la mujer yace desnudo en la bañadera de loza cascada. Una gota cae sobre su espalda, ya no la siente.

Oficio triste el suyo, el día entero manipulando pies de hombres y mujeres. Las manicuras suelen ser prostitutas, yo no he visto ninguna de verdad.

Desde mi ventana se podía ver su ventana. Era agradable mirarla. Era agradable verla caminar detrás de esa cortina envuelta en una luz de color salmón. Bastaba que me despertara a cualquier hora de la noche

LUIS GUSMAN (1944). Obra narrativa: El frasquito (Ed. Noc, 1975), Brillios (Ed. Sudamericana, 1975) y Cuerpo Velado (Ed. Correlator, 1978). Anteriormente, como jefe de redacción de la revista Literat, publicó también diversos trabajos de crítica literaria sobre Lugones, Felisberto Hernández, A. L. Borges, Martínez



para poder ver su sinueta botosa detrás de los velos encendidos. Fue después que se transformó en un dolor punzante. A cualquier hora de la noche que abriera los ojos estaba allí. Afuera, la ciudad velaba.

Decidí transformarme en su cliente. Asistí para atenderme un par de veces. Alguna de ellas me dejó con el pie colgando para atender una llamada. Mantenía largas conversaciones telefónicas con funcionarios.

Una noche tuve el sueño. Una voz me hablaba. No podría decir si provenía de un hombre o de una mujer. Sé que era una voz. Me contaba que mi madre había muerto y me pedía que fuera a su sepelio en un pueblo de España que llevaba nuestro nombre. Después pronunciaba unas palabras bíblicas.

Me desperté asustado. Oí maullidos. Eso me tranquilizó, las fieras del sueño eran gatos inofensivos. Por temor abrí la ventana y miré hacia la calle. Era de madrugada y estaba desierta. Vi en un extremo de

# 4 MUESTRARIO

RICARDO PIGLIA

## Las Actas del Juicio (fragmentos)

● En la ciudad de Concepción del Uruguay, a los diecisiete días del mes de agosto de mil ochocientos setenta y uno, el señor juez en primera instancia en lo criminal, doctor Sebastián J. Mendi-buru, acompañado de mi el infrascripto secretario de Actas se constituyó en la sala central del juzgado municipal a tomarle declaración como testigo en esta causa al acusado Robustiano Vega, el que previo el juramento de decir verdad de todo lo que supiere y le fuere preguntado, lo fue al tenor siguiente:

—Lo que ustedes no saben es que ya estaba muerto desde antes. Por eso yo quiero contar todo desde el principio, para que no se piense que ando arrepentido de lo que hice, que una cosa es la tristeza y otra distinta el arrepentimiento, y lo que yo hice estaba hecho y no fue más que un favor, algo que solo se hace para aliviar, algo que no le importa a nadie. Ni al general.

Porque para nosotros estaba muerto desde antes. Eso ustedes no lo saben y ahora arman este bochinche y andan diciendo que en los Bajos de Toledo tuvimos miedo. Que lo hicimos por miedo. A nosotros decirnos que fue por miedo a pelear. A nosotros, que lo corrimos a don Juan Manuel y a Oribe y a Lavalle y al manco Paz. A nosotros que estuvimos, aquella tarde, en Cepeda, cuando el general nos juntó a todos los del Quinto en una lomada y el sol le pegaba de frente, iluminándolo, y dijo que si los porteños eran mil alcanzaba con quinientos. "Porque con la mitad de mis entrerrianos los espanto", dijo el general, y el sol le achicaba los ojos.

—Y por eso estábamos con él. Porque siempre hizo lo que era debido y daba gusto pelear por él, que era como nosotros, que había empezado de abajo y lo hizo todo con el coraje, desde el tiempo en que empezó a arrear caballos entre los indios, cuando recién andaba por los veinte y va no se le podían contar ni los hijos, ni las leguas.

—Seguro que sí, pero distinto. Como si le hubiera quedado la envoltura, el cuero nada más y por adentro todo revuelto. A nosotros nos daba como indignación. Hubo gente que se trenzó para desagrararlo cuando por allí empezaron a decirlo, especialmente después de lo de Pavón. Castro fue el primero que dejó boqueando a un correntino que había dicho que el general estaba viejo.

—Está vendido a Mitre —cuentan que dijo, y Castro, casi con desgano, lo

RICARDO PIGLIA (1941). Publicó *La Invasión* (cuentos, 1967) y *Nombre Falso* (cuentos, Siglo XXI, 1975). Sus trabajos críticos sobre escritores y aspectos de la literatura argentina han aparecido en numerosas publicaciones de América Latina y Estados Unidos. Trabaja actualmente en un ensayo comparativo sobre las obras de Arlt y Borges, y en una novela.

hizo salir del boliche y el otro le decía:— Lo dije en joda, hermano, lo dije en joda —con los ojos agrandados por la falta de coraje.

Cuando lo dejó tendido a todos nos vino la tranquilidad, pero era como si empezaran a decirnos lo que andábamos sabiendo: que el general estaba como muerto.

Algunos dicen que todo empezó cuando le mataron el Sauce, un tordillo, que era una luz, y se lo mataron por casualidad. Cuentan que se estuvo agachado, él que no era de aflojar, dele mirarlo, y que le acariciaba el cogote como con asco, mientras se le moría. Después se empezó a encorvar y de golpe lo remató con un tiro entre los ojos.



Cuando se alzó pidiendo "un caballo que aguante, carajo", ya era otro y están los que dicen que lloraba, pero eso no, porque no era hombre para eso, para cambiar porque le falta el caballo.

—Hasta que vino lo de Pavón, que fue como si buscara humillarnos. Hacernos vadear el río para escapar, medio escondidos, y dejarle a los porteños la de ganar sin ni siquiera un apronte. Irnos así, callados y con las ganas, es lo que da vergüenza. Eso de quedarnos viendo cuando el coronel Olmos (que fue de los que aguantaron la vez de la emboscada en Corral Chico) se le acerca y le dice:

—Con respeto, mi general y perdone, ¿por qué la retirada?

Y él, con la cara hundida en las arrugas, lo hace meter en el cepo, nada más que por la pregunta.

Ninguno de ustedes sabe lo que es andar todo el día y toda la noche, de un

tirón, hasta entrar en Entre Ríos, como si ellos nos vinieran corriendo, siendo que veníamos enteros y con eso adentro que nos daba vueltas de pensar que los porteños pudieran decir que nos corrieron y nosotros ni les vimos las caras.

El galopaba solo y adelante y uno esperaba que se diera vuelta con esa sonrisa que le borra las arrugas, para explicarnos que era una trampa a los de Mitre eso de escaparnos así, de repente. Pero cuando desmontó en el San José no había dicho ni una palabra, nada más que aquello al coronel Olmos.

De esas cosas les quiero preguntar, a ustedes, que son letrados, aunque se hayan juntado aquí para que sea yo el que hable. Porque yo no puedo decir más que lo que sé y el resto lo tienen que

como despedirse.

Soplaba un viento lleno de tormenta que traía como una tristeza y de golpe trajo la lluvia. Una lluvia fea, me tibia y tan fuerte que nos fue juntado todos en la lomada, cerca del río. No veíamos ni las caras y se escuchaba lluvia, el olor a sudor o a cuerpo mojado y los caballos sacudiéndose. Ento, alguno dijo lo de irnos. Mejor nos vamos para Entre Ríos, el general ya sirve, se oyó, y como si con eso mandaran a llamar, apareció, no sino esa voz suya tan quieta.

—¿Qué pasa acá? —dijo.

—Pasa que nos volvemos, mi general.

—¿Y quién carajo ordenó que vuelvan?

Se escuchó el río que estaba creciendo. Eso como un trueno que caía en el río y nada más, porque ninguno salió a contestar quién era el que manda volver. Nos quedamos callados, mientras la lluvia nos obligaba a cerrar los ojos y apretarnos en la montura con para no estar, todo en medio de una oscuridad que aunque uno abriera los ojos igual no veía más que la lluvia y como estar solo, encima del caballo hasta que cruzaba un relámpago con una llamarada y entonces se veía la loma llena de hombres, igual que brotaran. Nunca estuve cerca del general, pero le escuché la voz mezclada con el bochinche. Algunos dicen que ni hablaba pero no se entendía más que la lluvia. Hasta que entramos a ladearnos despacito, para el lado del estriero, nos metimos en el río que empujaba feo como la vez de Oribe, y en medio de aquella agua que venía de todos lados lo escuchamos gritar y a veces, de pronto, era como verlo, con el ponche medio gris, color ceniza, parecido a un tronco arrancado de la tierra, tirado en medio del río. Yo no me acuerdo de otra cosa que del agua y de los gritos y de una vez, en medio de la luz de un relámpago, que me pareció verlo y tuve ganas de pedirle que se viniera con nosotros, para Entre Ríos.

Esa fue la vez que lo hicimos.

Lo demás vino porque daba lástima verlo, tan apagado. Hasta las mujeres empezaron a notarlo. Fue en ese tiempo que se le desapareció la Gringa, que era la mejor mujer de Entre Ríos, y se le escapó con Olmos, sin que él hiciera más que enterarse.

Por las tardes se paseaba cerca del río, y uno lo miraba de lejos, y era como ver pasar el viento. Se andaba solo, callado y daba una especie de indignación.

También por eso lo hice. Para ayudarlo.

Pero hubo otras cosas, porque si no ustedes no arman este bochinche y yo no estaría hablando de esto que sólo me da pena. Alguna otra cosa anduvo pasando que no sabemos, algo que viene de lejos y que fue lo que modificó al general. Y de eso parece que no hay quien conozca. Ni entre ustedes.

Yo me lo malicié de entrada, aquella noche, en la estancia de don Ricardo López Jordán, cuando me preguntaron si me animaba. "¿Te animás, Vega?", me preguntaron, y yo me quedé quieto y no dije nada. Pedí seis hombres y antes

CESAR AIRA

## Moreira (fragmentos)

● Está de pie, es un Marte afrodisiaco, ¿qué más podré decir? Las lectoras tienen hambre de él. Es majestuoso. Todo, telescópicamente, nada lo dice. La piel que cubría la parte superior posterior de las piernas era áspera, muy gruesa, al tacto se siente como la superficie de un cabello. Rosada y suave en el resto del cuerpo.

Desplegóse su cabellera negra, cayó ondulando, retorciéndose con dolor y voluptuosidad.

Sus pies eran grandes y deformados. Negras las uñas. Las molduras de los tobillos, muy sobado marfil.

En su rostro... una fija atención bestial, algo que se dirigía con toda premeditación (ojos, oídos, etc.) a un solo punto que estaba diseminado por toda la pampa. Todo lo descubrió en ese momento: la celada, ¿no?

Y en ese momento, exactamente... se oyeron las frases del comandante:

—Moreiiiiiiiiira. ¡Lo tenemos cercado, m'hijo! ¡No se haga matar al pedo! ¡Salí, guacho, salí si sos otro! ¡Yo te vía dar! Entréguese a las juerzas del orden! ¿Sí o no?

¡De pronto! ¡Cuando lo esperábamos menos, en general! Abrióse con un estrepitoso toc y el terrible desgaucho asomó. Vestido íntegramente de rojo, salvo su sombrero de copa, que era blanco. En las manos los... pistolas. Y, en medio de las aterrizadas exclamaciones de los oficiales cerraron los ojos y dispararon. ¡Lamentable costumbre de nuestra soldadesca! Con la vieja percepción animal de que nada más que ruido puede hacerse con la pólvora, cierran los ojos, disparan hacia arriba, y echan mano a los aceros.

Volvió a reirse, irguió los brazos con cuidado, e hizo fuego.

Dos tenebrosas explosiones sonaron al hilo, y vimos volar los cuerpos de unos cuatrocientos soldados. El cielo azul llenóse de trozos rosados, que subían y subían hasta que llenaron toda la atmósfera. Durante un instante, antes de caer, quedaron suspendidos, piernas, brazos, ojos: los que lo vimos nunca podremos olvidarlo.

El gaucho había vuelto a entrar y oímos cómo golpeaba contra el suelo las culatas de las armas cargándolas.

Los jóvenes conscriptos habían mardrugado. Vieron acercárseles un armado fantasma. ¿Quién es? se preguntaban sus corazones. La literatura se encerraba entre sus alas oscuras, pues sus madres (que aún vivían) les habían contado de noche mil veces los crímenes confusos del gaucho Moreira. Las voces adoradas volvieron a calmar con sus brazos encantadores los cuerpos enervados por el dolor, y el miedo a la oscuridad.

Fuentes de sangre se soltaron de

CESAR AIRA (1950). Publicó Moreira (Ed. Achával Solo, 1975). Tiene una vasta obra narrativa que espera turno de edición: Los cuatros, Zilio, El faisán - sultán, Las ovejas, etc. Fue fundador y director de la revista El Cielo, en Buenos Aires. Habitualmente se desempeña como traductor para distintas casas editoras de la Argentina.

todos los pechos al sonar las armas.

¿Han visto los colmillos que asoman entre los labios de Moreira? Son comas blancas, y le dan un aspecto tan raro... Hay quienes dicen que es descendiente directo del Lobizón. Pero yo no creo: sé que él sólo es hijo de sus obras.

Cuando reapareció hubo un silencio glacial. Nadie dijo nada. Entre los acorraladores se observaban los primeros signos de desaliento. El mismo mecanismo, tras las explosiones; saltaron los miembros.

Las niñas se reían en el techo. Espasmos, susurros. Sus chimeneas de oro: humo dorado.

Doña Felisa oficiaba de las niñas, de Ayohuma, llevando agua a los ahogados, pantalones a quienes habían perdido las piernas, guantes a los que habían quedado sin brazos, a los decapitados gorros tejidos, y comida a los muertos.

La tercera fue la última, porque los pomos del gaucho se trabaron. Y no encontró modo de hacerlos marchar.

Los tiró a un lado; empuñó las pistolas de plata y se encaró con las barricadas misteriosas.

Pero como no tuvo tiempo de volver a cargarlas, desvainó la daga. Hacerlo, y no haberlo hecho, fueron una misma cosa, al mismo tiempo. Bajó el Hachazo, la voz del viejo Aquiles. Es la catexis de Moreira. Le imprimió bramidos sibilinos, cortó con ella la atmósfera hizo reflejar en sus filos los astros que salían del horizonte.

Pausa.

Vieja daga, eras siempre igual a ti misma y a tus hermanas, eras un pez que se deslizaba por un mar acogedor, siempre estabas quieta y silenciosa dentro de los corazones...

Se mueve el aire cristalino, para un lado y para otro. La continuación de la daga es una negra mano, a la que continúa a su vez un brazo articulado...

Swishshchhhhhhhss, decía al abrir las delgadas capas hialinas, y cuando entraba en el cuerpo de un soldado: ggggllllouc, y cuando daba con la brillante punta de su corazón se escuchaba un uuuuuuuuuuuuuuu breve, y el soldado moría lleno de sangre.

Un joven teniente, imberbe aún, dio sus pasos, y Moreira lo mató. La guillotina soplabla entre los aires contrarios. Volvió sus miradas al profundo mar azul. Todo lo miraba.

Moreira: rey de las metamorfosis.

Al morir, el soldado Fortuna cantaba como un gallo. Los soldados se reían, estaban entretenidos con todo lo que ante sus ojos venía, ensortijado de misterios.

Fue un mayor, de bigotes: las aspas le dieron en la cara. El general Ojito fue a pelar la suya, y salió trasquilado. El cuchillo alumbraba la gota.

Todo, liso, ante el que bailaba como poseso.

Lino, tocó su turno, Moreira dio un paso adelante y lo mató. Su cariño, su espada...

Saltó un soldado desconocido con los ojos entrecerrados. Moreira lo mató y caía hacia atrás. Aaaaaaaa...

Todas las músicas, todos los silen-

cios.

Los fantasmas saltaban de un barco a otro: violoncellos funerales.

Eulogio Varela se adelantó. Una tela de araña se abrió, la daga de Moreira al osado mató.

Con lengüeta de sangre el cabo Larsen sonrió, bajó la nuez Moreira la hija le metió.

El sargento Cabral otro vino a mirar, entre las costillas flotantes Moreira se la fue a clavar.

Negras nubes de formas misteriosas cruzaban el cielo. Los relámpagos se asomaban a los horizontes. Durante varios minutos se desenvolvía cada trueno, en un solo tono. La electricidad había ocupado el aire, y la turbulencia, ciclones oscuros, silenciaba todo. Hinchóse el pecho deformado de Moreira, aspirando el aire. Lo hirieron algunas pequeñas gotas frías que vagaban por el universo. La oscuridad se detenía sobre las escenas nerviosas, fijadas por el hambre y la sed.

Una pájara estaba en una rama. Hacía ella venía una banda de antiguos cuervos, e intentó cantar.

Unos soldados se adelantaron blandiendo los sables. Corrió como la enigmática mirada muerta la daga de Moreira, una y otra vez.

La lentitud se apoderaba de su brazo, y con ella una suerte de ultracónocimiento. Vio no lejos de donde estaba un pequeño muro rojo, a medias derrumbado... Sintió deseos de subirse a él a mirar al cielo. (Moreira es capaz de frustrar todos nuestros deseos, pero ninguno de los suyos).

De modo que se trepó y al cielo límpido y vacío la mirada elevó. Las constelaciones ocultas para todos nosotros en la luz diurna, se hacían visibles a sus ojos monstruosos... ¿Quién había mirado con sus ojos? Los astros le mostraban los caminos, y las fronteras...

El búho de Moreira alza el vuelo al caer la noche, dicen.

Los destinos de quienes lo habían seguido con timidez en su viaje dialéctico... había escrito con los filos de su daga de bronce, en las paredes que daban a cuerpos dormidos, jeroglíficos...

En los desuertos campos... niños errantes, provistos de grandes cajas de lata, recogen puñados de tierra para llevarlos de recuerdo a la ciudad.

De pronto, en el callado santuario, retumbaba el trueno, y nacía en cunas de piedra el rayo. Los contables del ABC usaban el rayo como almohadilla para humedecer el dedo que cuenta el dinero.

En la amplia cocina de techos rojos conversaban don Valeriano y Moreira. Tenía desplegado en la mesa un mapa del sur de la provincia de Buenos Aires; cada latifundio estaba pintado de un color distinto. Las carreteras eran delgadas cintas blancas, los arroyos (ése era el camino que pensaba seguir Moreira: el agua) rayas en zig zag.

El dedo del gaucho seguía las líneas, sus ojos leían los nombres, y memorizaban todo. Mucho se ha hablado de la memoria de Moreira, pero no todo ha

sido dicho. Ni una pequeña parte. No pretendo decirlo yo, pues ningún humano es capaz de pensar en ella; ni quien escribe ni sus lectores pueden llegar a hacerse una idea de la gran memoria de nuestro héroe.

Mientras tanto, por los campos y las



colinas se retiraban soñolientos los soldados. A su paso se alzaban las gaviotas, y los rodeaban con sus gritos incomprensibles. Son tantos que no van

por los caminos sino por el campo abierto. No se dirigen en ninguna dirección determinada, porque van hacia todos lados.

Cubren los campos. Se van dividiendo: primero en "partidas", que son grupos menores, preparados para rea-

mente las transformaciones prosiguen. La contradicción entre adultos y niños se disuelven lentamente; tampoco se distinguen ya los individuos de los grupos.

Una cúpula rosada cubre todo el teatro. Es un cuerpo.

**ARTURO CARRERA**

**Oro**

**El Escriba Rescribe**

somos objeto de risa  
artefacto de nudos  
rayas de agua quemada  
trampas del oidor

barro cocido sonoro  
gozoso cuerpo sogoso  
artefacto reidor

**El Escriba Reclama**

regresa al libro  
a la sombrasa cara  
a la casa sin sombra

a mis cuerpos  
a mis abrazos  
a mis miedos

a descifrar  
a habitar

**El Escriba Escribía**

cosa preciosa es mi vida  
yo soy un poeta  
de oro es el tesoro

en mi cara el cuerpo precioso se deja caer  
lo hiciste caer/lo devoraste con los ojos

¿podrá alguien acaso apoderarse de ese cuerpo?

**El Escriba Escribe**

es el truco por deseos  
el erizo de aceros  
se oculta en arrobos

en mi cuerpo humean las esquirlas de ónix  
las quisiste robar/las borraste con los ojos

podrá alguien caer hacia ese cuerpo trampa?

**El Escriba Oye**

aunque sea oro  
también se hiende  
aunque sea la diosa-gata  
está allí partiéndose  
está allí recreándose  
con otros cantos

lame los pliegues del agua de la tinta del fuego

lame los pliegues del papel de la foné del grafo

**El Escriba Afirma**

en el páramo con mis muertos estás  
en un milímetro expandido de incienso

se ha ahumado tu cabeza  
sahumador tu cráneo

las letras que humean agravan  
en la hoguera los cantos

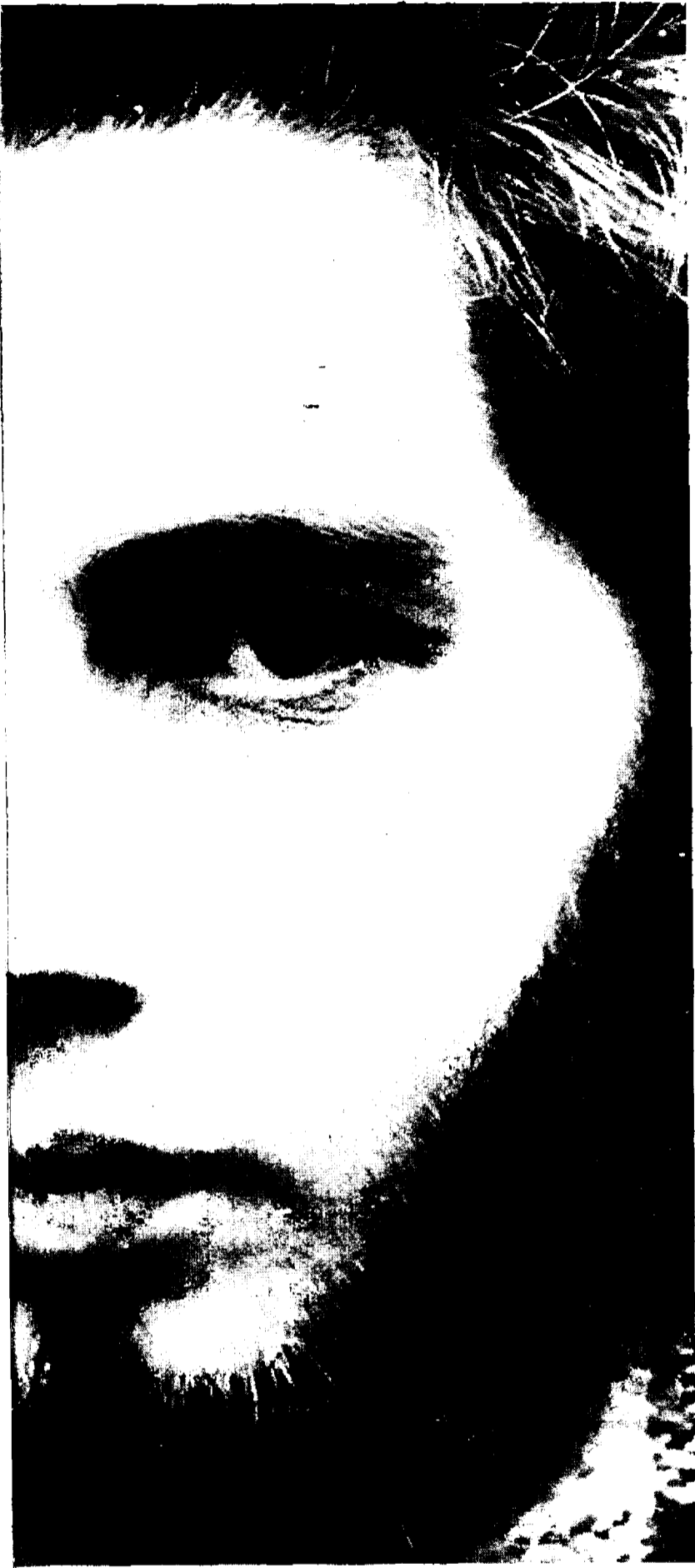
Arturo Carrera nació en Coronel Pringles, provincia de Buenos Aires en 1948. Publicó *Las sombras que se deben decir* (1966). Escrito con un nictógrafo (1972). *Momento de simetría* (1975) y *Oro* (1975). Fue fundador de la revista *El Cielo*.

lizar ciertos trabajos específicos. Luego se transfiguran en "hordas": bandas de niños entregados a la producción.

No vemos más allá, pero segura-

El ñandú corre. Asoma a unas matas amarillas el rostro blanco de una liebre. Mira el sol.

Pasan breves vientos.



De: Alberto Gabetta

# ¿Quién da más por Buenos Aires?

Respecto al de Brasil, el modelo económico y político de la dictadura militar argentina es 12 años más joven. Esto quiere decir que los militares argentinos tardaron 12 años más en aplastar a la oposición interna y que, en lo que se refiere a las relaciones internacionales, un análisis de líneas directrices y antecedentes puede ser prematuro. En todo caso, escapa a las posibilidades y objetos de esta nota.

Pero pueden hacerse dos constataciones. Una, de fondo, es el pragmatismo, común a ambas políticas de relaciones exteriores. Se ha repetido ya hasta el consancio que Argentina, campeón del anticomunismo occidental, tiene en los países socialistas interlocutores privilegiados. Esto porque, a las dificultades que encontró el modelo brasileño en las barreras proteccionistas de los países desarrollados, se agregó desde 1976 el irritante moscardón de la política de "derechos humanos" del presidente Carter. Pero también —y quizá fundamentalmente— porque esta dictadura es cualitativamente diferente a todas las anteriores que conoció la Argentina, como lo demuestra, entre otros muchos elementos (el principal, el carácter y profundidad de la represión interna), su política exterior.

La segunda constatación es una enumeración de hechos, encadenados de enero a marzo de este año que demuestran hasta qué punto Argentina se ha convertido en la niña mimada de la comunidad internacional en los planos financiero, energético y comercial.

La "pacificación interna", 10.000 millones de dólares de reservas y, sobre todo, una voluntad irreductible de acomodar el país a las exigencias de la nueva división internacional del trabajo, provocaron el milagro. Si en plano diplomático el problema de los derechos humanos sigue siendo la piedra de toque del repudio de la mayor parte de los países de Occidente, el régimen de Videla puede regodearse con otros éxitos más concretos.

Las condiciones internas estaban dadas hace tiempo, pero los grandes países capitalistas, apremiados por la competencia comercial y la crisis económica de occidente esperaron para precipitarse abiertamente sobre el apetitoso mercado, que las "caídas" de Irán y Nicaragua y la invasión soviética en Afganistán liberaran las ataduras principistas de la administración de Carter. Si la campaña internacional por los derechos humanos alguna vez fue algo más que un problema diplomático para la dictadura argentina (ya que con los países socialistas el intercambio fue más floreciente que nunca y los centros financieros occidentales jamás dejaron

de asistirle), ahora sus limitaciones quedan dramáticamente al desnudo.

Todo comenzó con la visita a la Argentina del enviado especial del presidente Carter, general Andrew Goodpaster, en enero último. Desde entonces, y muy particularmente en el mes de marzo, se sucedieron las delegaciones de visita y el anuncio de aperturas comerciales, diplomáticas y los viajes, que culminan en mayo con la visita de Videla a China.

dólares en créditos para Argentina. En cuanto a Smith, presionó por un lado —sin éxito— para trabar los contratos nucleares suizo y alemán y, por el otro, ofreció turbinas para la represa hidroeléctrica de Corpus.

En marzo y abril visitaron Buenos Aires delegaciones comerciales de la U.R.S.S. (convenio de prospección pesquera, venta de materia hidroenergética y transportes), Taiwán, Hong Kong, RFA, Italia (Gaetano Stamatti,

completará el ciclo nuclear) en Arroyito, en el sur del país.

Los proyectos hidroeléctricos argentinos tienen ahora vía libre. De los 1.200 millones de dólares del Eximbank, 700 millones son para la finalización de Yaciertá-Apipé. E.U. entró en abierta competencia con los soviéticos por la provisión de las usinas de Salto Grande. El acuerdo de compatibilización de las represas de Corpus e Itaipú firmado con Brasil resolvió los aspectos técnicos de la primera. Los técnicos de la U.R.S.S. siguen desplegando proyectos para el gigantesco complejo del Paraná Medio. Aunque dos de estos cuatro proyectos hidroeléctricos aún existen sólo sobre el papel, su ejecución es sólo un problema de decisión de los militares argentinos y, en todo caso, de tiempo, puesto que las ofertas de asistencia técnica y económica no faltan.

En materia petrolera, existen perspectivas serias de autoabastecimiento para 1990 (Argentina sólo debe colmar una brecha de consumo del 8%) y hasta de exportaciones a partir de esa fecha, a través de contratos de riesgo y recuperación de yacimientos terrestres entre YPF y empresas privadas internacionales y la licitación —por el sistema de contratos de riesgo— de tres grandes zonas marítimas a prospectar. Empresas adjudicatarias: la francesa Total, la anglo-holandesa Shell y la norteamericana Exxon. Estos trabajos tienen como objetivo verificar la existencia de una reserva de 30.000 millones de metros cúbicos de petróleo en el mar austral argentino, un volumen similar al del Mar del Norte.

Lo interesante aquí es verificar de qué manera se mueve el régimen. Por ejemplo, ante las presiones norteamericanas para impedir a los suizos la firma del contrato de la planta de agua pesada y a la RFA el de Atucha II, un funcionario de la Comisión Nacional de Energía Atómica Jorge Coll, viajó en marzo a la Unión Soviética, en busca de tecnología y finanzas. Mientras tanto, el embajador argentino en Suecia iniciaba contactos para encontrar sustitutos eventuales, aprovechando el clima favorable provocado en ese país por el triunfo de los "nuclearistas" en un reciente referéndum. La prensa argentina, por supuesto, apoyó estos pujos autonomistas a tambor batiente, y santo remedio. Suiza proveerá el agua pesada y la RFA Atucha II.

2) **Créditos:** a los 1.200 millones del Eximbank y los anuncios del BID, se agregó en marzo un crédito de 250 millones de dólares de un grupo de 16 bancos privados, a la cabeza de los cuales el Lloyds Bank International, de Londres. Este préstamo está destinado a financiar inversiones y tiene un inte-



## Diplomacia a Tambor Batiente

**Delegaciones oficiales.** — detrás de Goodpaster, se sucedieron tres comitivas norteamericanas, encabezadas por Samuel Neimarov, secretario adjunto del Departamento de Estado en asuntos marítimos; Luther Hodges, subsecretario de Comercio Exterior, y Gerald Smith, delegado personal de Carter en materia nuclear. Neimarov firmó acuerdos para el desarrollo de la marina mercante; Hodges trajo un regalo de Pascuas: el anuncio de que el Eximbank levantó todas las restricciones que pesan sobre 1.200 millones de

ministro de Comercio Exterior, acuerdos sobre petróleo, carbón y ferrocarriles), del Sistema Económico Latinoamericano (SELA) y del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), que anunció un "programa de préstamos".

También llegó, aunque "a título personal", el general francés Albert Buebales, un especialista en cuestiones nucleares.

Veamos algunos resultados.

1) **Energía:** la segunda central nuclear argentina, construida por los canadienses en Embalse del Río Tercero fue inaugurada en julio. La RFA construirá Atucha II en las proximidades de la primera y los suizos una planta de agua pesada (con lo que Argentina



rés relativamente bajo: sólo 0.5% superior a la tasa interbancaria del euro-dólar en Londres.

En este punto, si se suman a estos anuncios los de inversiones directas, como Ford y Volkswagen, se verifica también un cambio cualitativo del flujo de capitales a Argentina, tanto respecto a dictaduras anteriores como a los primeros años de la presente.

**3) Armamentos:** la visita "privada" de Buchalet sirvió para sondear las posibilidades francesas en el desarrollo nuclear argentino, pero sobre todo para atar el paquete de venta de 15 aviones "Super Standard", que se agregarán a la ya nutrida flotilla de "Mirages" 3 y 1 de la Fuerza Aérea argentina. Un periódico argentino editado en el exterior (1) denunció que la firma inglesa Marconi Instruments Ltd., una multinacional subsidiaria de la General Electric Marconi Co., vendió varias decenas de millones de dólares de material secreto de guerra a Argentina. La firma se dedica, entre otras cosas, a la producción de sistemas de seguridad y vigilancia civil y militar. La operación se hizo a través de la subsidiaria de la firma en Buenos Aires, English Electric Marconi Argentine SRL, y gracias a un préstamo documentario del Banco de la Provincia de Buenos Aires. La ley argentina que autoriza la compra de ese tipo de materiales, número 21770, no fue publicada en el boletín oficial.

(1) En "La República" N° 12, mensual editado en el exterior por los radicales argentinos.

Por último, el general Roberto Gallino anunció en los primeros días de abril que próximamente Argentina comenzará a construir misiles en serie en la ciudad de Rosario, sin precisar el origen de la tecnología.

En América Latina, la resolución del conflicto argentino chileno avanza, gracias a la mediación papal. Con Bolivia, según las declaraciones de funcionarios de ambos gobiernos, "las relaciones son óptimas", aunque en algunos países las cosas no van tan bien, sobre todo con México y, en menor medida, Venezuela.

En un esfuerzo por aproximarse a los organismos regionales, Argentina firmó recientemente un acuerdo "de cooperación política y económica" con el Grupo Andino y tuvo una activa participación en la última reunión de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC).

Pero el paso más espectacular de la diplomacia de la dictadura fue dado en dirección de Brasil. Si este país lleva a la Argentina "40 años irrecuperables" en materia de desarrollo industrial, su vecino del sur lo aventaja en energía atómica y producción agropecuaria. Confrontadas a problemas similares con "el Norte" y habiendo obtenido frutos parecidos en materia de represión interna, las dos dictaduras van descubriendo áreas de complementación. Al acuerdo Itaipú-Corpus sucedió la decisión de Volkswagen-Brasil de complementar su producción con la futura planta automotriz argentina. En

marzo, los enviados del presidente brasileño, Paulo Nogueira Baptista, presidente de Nuclebras, y Horacio Guimaraes de Carvalho, de la Comisión de Energía Nuclear Brasileña, viajaron a Argentina para preparar el acuerdo de complementación nuclear que firmaron en mayo en Buenos Aires. João Baptista Figueiredo y Jorge Videla.

## Un Precario Orden Interno

Todo este horizonte feliz y promisorio de la Junta argentina sólo tiene, aparte del problema de la "imagen" por los derechos humanos, que el próximo informe de la Comisión de la OEA acabará de ennegrecer, un sólo punto oscuro: la situación interna. La reconversión salvaje de la industria automotriz (sólo quedarán cuatro plantas: Ford, Renault, Peugeot-Fiat y Volkswagen); el desmantelamiento y privatización de los ferrocarriles —confirmados recientemente por José Martínez de Hoz— la liquidación de la industria textil nacional, la supresión de miles de trabajadores del Estado, la sucesión de quiebras bancarias y de la pequeña y mediana empresa y, en general, los efectos sociales de una política de alta especulación, concentración y reconversión económica, comprometen seriamente el porvenir de la "democratización" anunciada por los militares, un indispensable correlato interno de la apertura exterior.

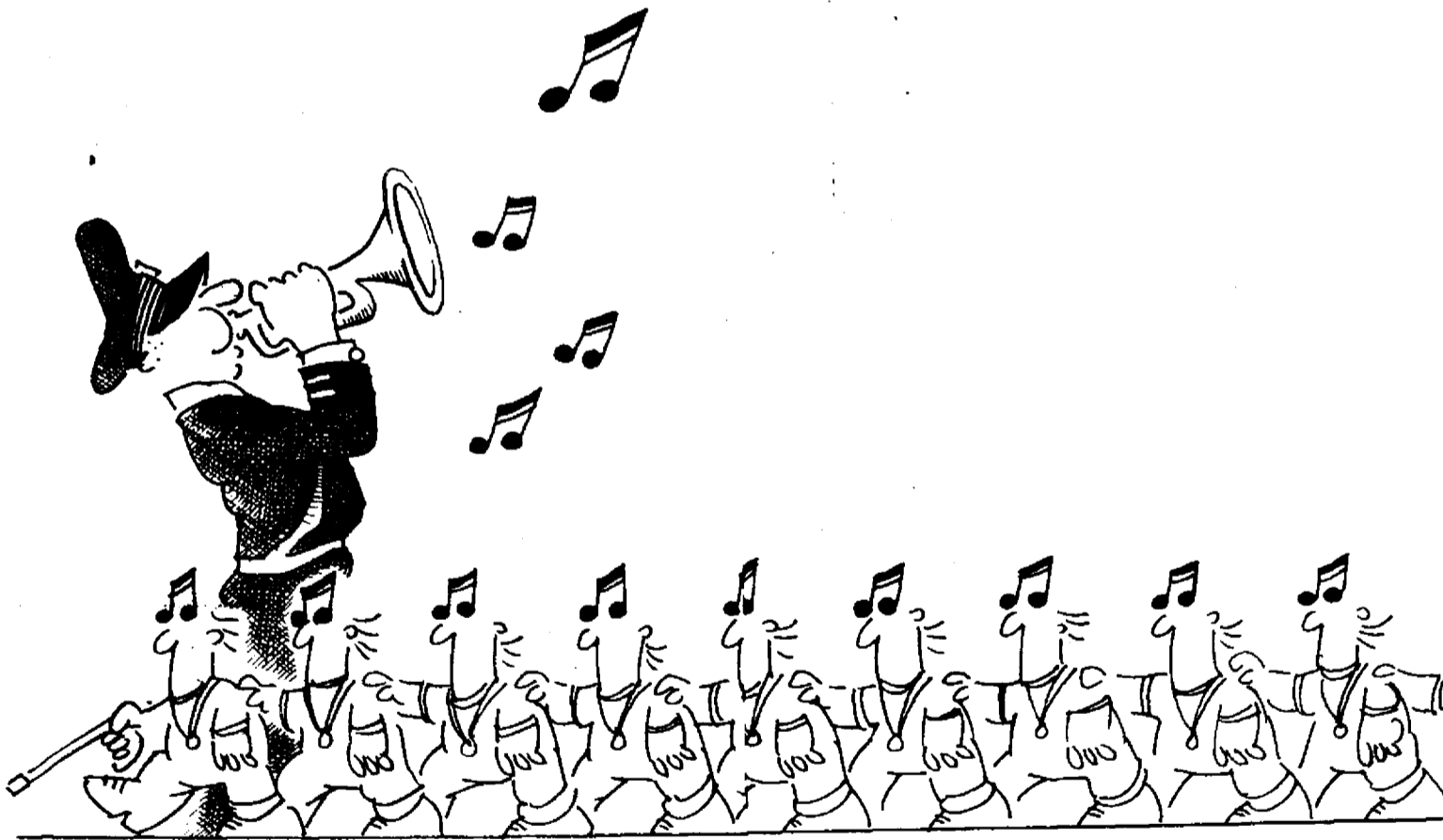
Si la dictadura brasileña, con 12 años

de ventaja en el terreno y más de 4 en el inicio de la apertura interna, encuentra dificultades precisamente en el frente social, mucho más puede esperarse en ese sentido en Argentina, donde las organizaciones de trabajadores y corporativas están más consolidadas, extendidas en todo el territorio nacional y disponen de una mucho más vieja y rica experiencia de lucha.

Es quizá prematuro decirlo, pero las divisiones que actualmente se observan en el plano político entre los partidos del "diálogo" sin condiciones con los militares y un sector "duro" e intransigente y, en el sindical, entre los que están dispuestos a sellar sin condiciones el acta de defunción de la Confederación General del Trabajo y los que llaman a la movilización defensiva, parecen reflejar, en la superestructura, distantes reacciones a los temblores que todos comienzan a percibir en lo profundo del país.

Pero esto, más que previsiones basadas en hechos terminantes, sólo es por ahora la mención de posibles reacciones y antecedentes históricos, que es preciso tener en cuenta. A la luz de la ubicación argentina en el plano internacional y las profundas mutaciones internas que la posibilitan, la oposición democrática argentina deberá ingeniar para crear una alternativa liberadora que supere difusos proyectos del pasado e inscriba su combate en un mundo que, pragmáticamente, se precipita a negociar con la dictadura.

(Tomado de Sin Censura).



## La Destrucción Creadora

RAFAEL CONTE

● La última novela del rebelde permanente de la novela española actual, Juan Goytisolo, que suele renovar su pertinaz disidencia como si de ella alimentara su inspiración, no parece haber sido muy bien recibida. Y, sin embargo, se trata de uno de sus libros más puros, emocionados y auténticos, más libre y literario que la mayoría de los anteriores. **Makbara** no es una obra ilegible, ni mucho menos, sino una fabulación coherente, una llamada a la libertad de la creación, la plasmación —por fin— del triunfo de la literatura, por encima de todos los condicionamientos que ha arrastrado una obra ya larga, tensa, comprometida y explosiva, desarrollada durante más de un cuarto de siglo.

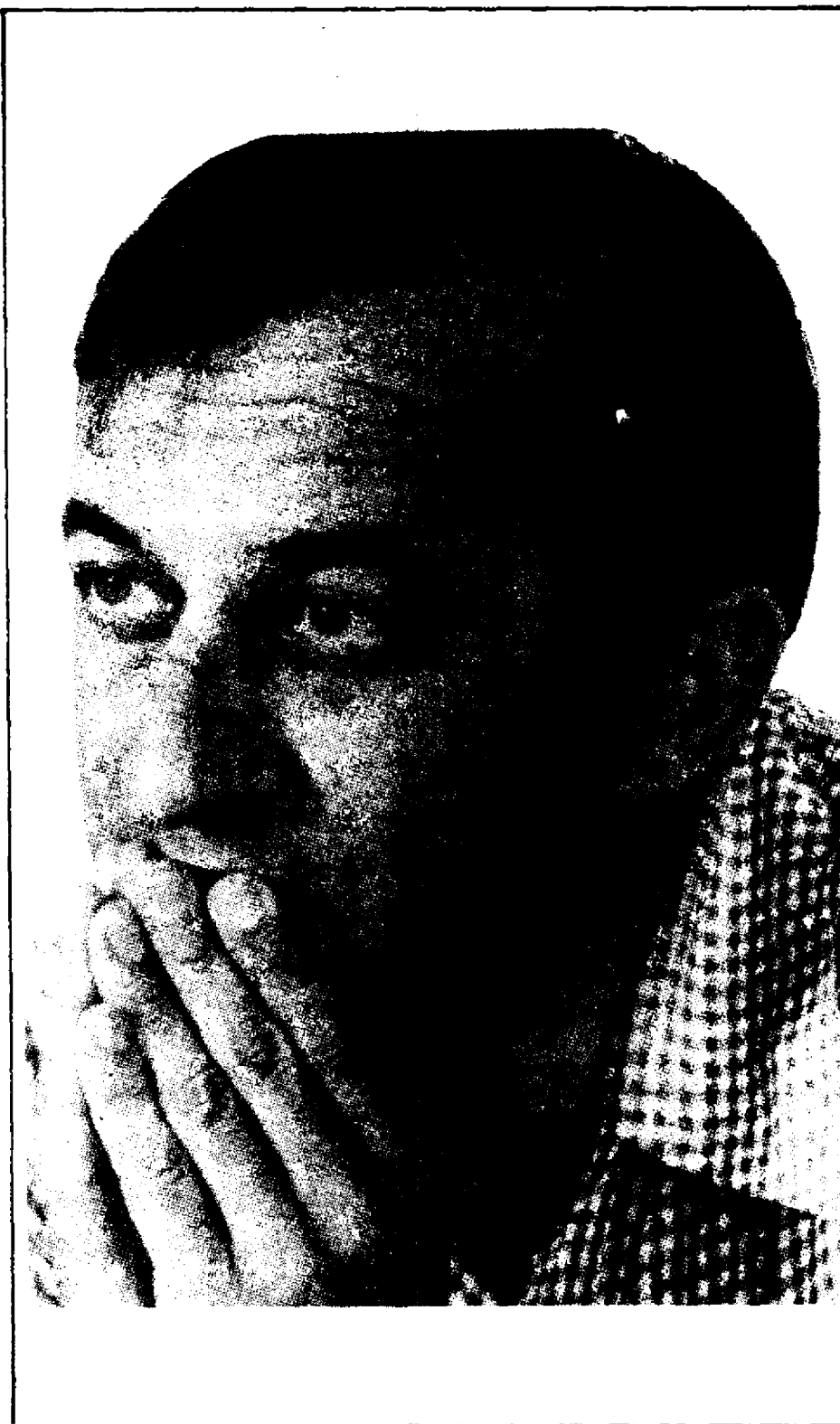
Juan Goytisolo se adelantó a la eclosión del realismo social con sus primeras novelas de los años 1954 y 1955, en las que intervenía un sentido existencial y moral inquietante, pero también un evidente aliento poético, expresado a través de una escritura todavía imperfecta, pero perturbadora. Cuando, arrastrado por su propio compromiso, hizo realismo social más o menos ortodoxo, su obra, paradójicamente, se hizo más perfecta y menos inquietante.

A lo largo de todo este proceso ha habido, sin embargo, un dato que considero lo más significativo de la carrera de Juan Goytisolo: su denodado combate por conseguir una prosa de calidad, una escritura al nivel de sus apremiantes intenciones. El estilo del escritor ha sido frecuentemente criticado, pero al tiempo que se le criticaba, se le reconocía. Su prosa, tensa, crispada

imperfecta, era al mismo tiempo inquietante y eficaz, y ello desde el principio. Este proceso, esta lucha por la escritura, duró más de quince años. Hasta **Señas de identidad** es un libro imperfecto en el aspecto estilístico, que alcanzó su mejor nivel en la obra siguiente, **Reivindicación del conde don Julián** (1970), que forma una especie de diptico con la novela anterior, pues al desgarrado balance personal sucedía el colectivo, el estrictamente político.

Pienso que con **Juan sin tierra** (1975) se abría una nueva etapa y se cerraba la anterior. Se iniciaba un viaje de búsqueda temática y se cerraba un proceso de destrucción narrativa. **Makbara** es el primer capítulo del nuevo viaje, la primera construcción pura que nos llega a los lectores de Juan Goytisolo después de tanta destrucción. Este libro merece, pues, atención por un doble motivo: por ver si Goytisolo explora un buen camino y si, al mismo tiempo, es un camino con futuro.

**Makbara** está construida como la yuxtaposición de una serie de recitativos en voz alta, compuestos asimismo por una sucesión de frases encadenadas que recuerdan el estilo de **Don Julián**. Pero lo que allí era reflexión —con su dosis de descripción también, claro está— desgranada en tono épico es aquí lirismo y descripción, explosión verbal y relato mágico. Es una obra también, sobre todo, especial, pues la descripción de los espacios que se cruzan, descomponiendo la historia, es el método mismo de la creación. De esta manera, los episodios y hasta los personajes son aleatorios, parecen cambiar a cada nuevo momento, que tal vez sea el mismo. Es una narración espacial y que estructura una combinación de lo sucesorio con los círculos concéntricos.



## Andrés Sánchez Robayna El Vaso de Agua

A RAMON XIRAU

El vaso no es una medida. El vaso en pleno mediodía. El vaso es de un cristal ligero, muy delgado, delicadeza medida, estancia bajo el sol. El vaso de agua es un ensayo de quietud.

El sol bebe con un sorbo invisible. El sol sin uñas, quieto y rasgado.

El vaso está en reposo bajo el sol. Y bajo la mirada, erguido y soleado. El vaso es la mirada. El vaso quieto bajo el sol rasgado.

Todo sucede en una ausencia. El vaso de agua estaba. Pero puedo dejar de pensar en lo que miro o escucho. Puedo dejar de decir lo que miro o escucho. Sólo existe la verja de hierro recorrida por flores perezosas, el aire quieto, la terraza a esta hora crecida y plena.

El sol confluye aquí y allá, y presencia y ausencia son formas giratorias. En la terraza del sol quieto y vacío una hoja dibuja su sombra y ésta le devuelve su presencia, y la luz entra y sale del vaso de agua abatido por sombras dispersas, y el sol busca pulsar cada cosa, y todo lo devuelve su ser —y cuando se detiene sobre el vaso, luz recta y presencia obediente, el vaso no echa sombra alguna sobre la mesa de la terraza de quietud.

Es una historia de amor maldita. Los personajes —fundamentalmente dos, dos seres al margen, heterodoxos, parias y malditos— enarbolan una fábula de amor convulso y explosivo, de enormidad sexual, de rebeldía y afirmación al mismo tiempo. Pero esta afirmación se inscribe en una descripción también explosiva, absurda y paródica de la sociedad occidental. De esta manera, los cantos de esta melopea alternan los actos de amor y sexo con otros de pura descripción sarcástica y blasfematoria de escenas y ritos de la sociedad industrial desarrollada, donde la capacidad de ironía del escritor ejerce un especial terrorismo —a veces de gusto dudoso, o de humor demasiado ostentoso en mi opinión, pero en pocas ocasiones— y descarga su sempiterna labor de destrucción. Entre el sarcasmo del mundo desarrollado y la afirmación erótica y sensual del otro mundo —que coincide con la

admiración del autor por el mundo árabe y marroquí— se desarrolla esta fábula imposible, hecha posible precisamente por la prosa, el estilo y la composición de esta novela diáfana, perfectamente comprensible a pesar de las apariencias, y que, en su aparente canto al amor, que logra las mejores cotas expresivas del libro, encierra la misma carga destructiva de siempre. A pesar de la realidad conseguida, este libro se afirma por sí, pero puede flo abrir un camino, porque el iniciado en esta ocasión no admite repeticiones. **Makbara**, precisamente por el nivel estético conseguido, coloca a Juan Goytisolo frente a un nuevo desafío.

**MAKBARA.**

Juan Goytisolo.  
Colección Biblioteca Breve.  
Editorial Seix Barral, S.A.  
Barcelona, 1980.  
222 páginas

(Reproducido con autorización de El País/Libros)